

Jándose quemar de ellos desde el primero hasta el último. Jamás los españoles tuvieron que dominar tantos obstáculos: allí bosques en donde el pié del hombre no había jamás penetrado; allí grandes y numerosos ríos que vadear, sin puentes, sin barcas: allí montes inexpugnables entrecortados de precipicios, por donde tenían que trepar los hombres y los caballos, estenuados todos de fatiga y muertos de hambre, y en cuyas cumbres no podían sostenerse, tanto por causa de los vientos impetuosos, como por el curso de un torrente que arrastraba tras sí cuanto hallaba á su paso. Todas estas dificultades se encontraban á cada instante, durante una marcha de quinientas leguas por países enteramente desconocidos.

En esta campaña y cerca de Izancanac, capital de la provincia de Aculan, en uno de los tres días que precedieron á la cuaresma de 1525, empañó Cortés sus glorias con la muerte de Cuauhtemotzin, Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular de este trágico acontecimiento, nos lo cuenta poco mas ó menos del siguiente modo: „Este sitio, dice el viejo y veráz soldado, fué el teatro de la muerte del desgraciado Cuauhtemotzin, último rey indígena de los mexicanos. Se decía que este príncipe y algunos nobles de su comitiva, habían formado el proyecto de asesinar á los españoles, volver en seguida á México, en donde debían reunir todas sus fuerzas, y atacar la guarnición que había quedado en aquella ciudad (1). Dos

(1) Gomara da por cierta la conjuración de Cuauhtemotzin, dice: „Llevaba Cortés consigo á Quahutimoc, y otras muchos señores mexicanos, por que no revolveran la ciudad, y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Quahutimoc afligido de tener guarda, y como tenía alientos de rey, y veía á los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial á Cortés, y volverse á México, apellidando libertad, y alzarse por rey, como solía ser; dió parte á los otros señores, y avisó á los de México, para que en un mismo día matasen también ellos á los españoles que allí había, pues no eran sino doscientos, y no tenían mas de cincuenta caballos, y estaban refidos, y en bandos; é si lo supiera hacer como pensar, no pensaba mal, porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de México, y aquellos mal avenidos: había tan pocos entonces por haber ido con Alvarado á Quahutemallan (Guatemala), con Casas á Higuera, y á las minas de Michuacan. Los de México se concertaron, para en viendo descuidados, ó asidos los españoles; y para el segundo mandamiento de Quahutimoc, hacían de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y vocinas: é como era mas, y mas ordinario que antes, tomaron sospecha los españoles, é preguntaron la causa: recatáronse de ellos, no sé si por indicios, ó por certificación, y salían siempre armados, é aun en las procesiones que hacían por Cortés, llevaban los caballos á par de sí, enallados y enfrenados. Mexicalcincó, que despues se llamó Christobal, descubrió á Cortés la conspiración y trató de Quahutimoc, mostrándole un papel con las figuras, y nombres de los señores, que le urdían la muerte. Cortés loó mucho á Mexicalcincó, prometiéndole grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel, sin que uno supiese de otro; preguntóles que cuantos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba como se lo había dicho, y á otros. Era tan cierto, según Cortés, que no podían negarlo, é así confesaron todos que Quahutimoc, Cavancochein y

nobles que habían sido gefes bajo las órdenes de Cuauhtemotzin; durante el sitio, descubrieron este complot al general de los castellanos. Luego que éste tuvo de él conocimiento, tomó algunos informes de los dos denunciadores, quienes confesaron que viéndolos marchar sin precaucion, enfermos, descontentos y muertos de hambre, que también ellos, inciertos de su destino y esperando de un día á otro la muerte, se habían decidido á probar fortuna y á caer sobre nosotros al vado de algun rio, confiados en su número y en su valor. Cuauhtemotzin negó el menor conocimiento ni participacion en semejante complot, del cual se acordaba haber oido hablar de un modo vago, sin alentarle ni aprobarlo. El príncipe de Tlacopan (Tacuba) hizo la misma declaracion, é igual otros dos gefes, y no obstante, Cortés sin mas pruebas condenó á los desgraciados príncipes á ser ahorcados. Preparado todo para la ejecución, fueron conducidos á la plaza mayor de la ciudad, acompañados de dos reverendos padres que los exhortaban; pero antes de morir el último rey de los aztecas, se volvió hácia á Cortés y le dijo: „Malintzin, ahora veo en lo que han venido á parar tus falsas palabras y promesas . . . á mi muerte. Yo debiera habérmela dado con mis propias manos en mi ciudad de México, antes que poner mi persona en tu poder. ¿Por qué me haces perecer tan injustamente? Dios te pedirá cuenta de mi sangre, y espero que te castigará.” El príncipe de Tlacopan se consideró dichoso muriendo al lado de su legítimo soberano. Así concluyeron estos dos grandes hombres, y yo debo añadir estos dos buenos cristianos, muy piadosos para ser indios. Grande lástima me causaron los dos, despues de haberlos visto en su alta fortuna y mejor prosperidad. Habían sido muy buenos para mí, durante nuestra marcha; me hacían muchos favores, y me facilitaban indios para ir á buscar forrage para mi caballo, y en consecuencia declaro aquí que sufrieron la muerte sin haberla merecido, y que su suplicio fué injusto y muy sentido de todos los que íbamos. No hubo entre nosotros mas que una sola opinion acerca de tan cruel é inicua sententencia (1).”

He aquí la espresion de un soldado franco y leal, de un hombre valiente, de un hombre de honor. Mancilla la memoria de Cortés este abominable asesinato; pues nada puede justificarle á los ojos de la historia. ¿Qué podían hacer aquellos príncipes destruidos en medio de los bosques y desiertos de Honduras? ¿Qué podían ha-

„Tetepanquezatl habían movido aquella plática.” (Gomara, Cron. de la Nuev. Esp. cap. 170).

(1) Este trágico acontecimiento se encuentra muy detallado en la relacion de Ixtlilxochitl. Hace curiosas relaciones y coloca la escena en Teotihuacan, el último día de carnaval del año 1525 (15 de Febrero). Prueba hasta la evidencia la inocencia de los desgraciados gefes mexicanos y la fria crueldad de Cortés, quien no tenía un solo dato que producir contra ellos.

cer en presencia siempre de sus guardianes armados? En vuestras vigiliat nocturnas ¡oh Cortés se os á debido presentar mas de una vez la torba vista del jóven y bravo Cuauhtemotzin, fijando la vuestra y dirigiéndoos amargas reconvenciones; y cuando ya viejo y abandonado, os quejabais sentidamente de la injusticia de los hombres, una voz interior, el eco de de la inexorable conciencia, que jamás perdona, ha debido vengar la muerte del sucesor de Moctezuma.

Los españoles siguieron su fatigoso camino por medio de aquel pais desconocido, y despues de haber salvado los innumerables obstáculos que se ofrecian á su paso, llegaron por último frente á Naco ó San Gil de Buena Vista, en donde encontró el general una pequeña colonia de españoles en el estado mas deplorable de miseria. Deseando practicar un reconocimiento de las tierras convecinas, se embarcó á los pocos dias á bordo de dos bergantines con una parte de sus fuerzas, y despues de haber arribado á uno ó dos puertos de la bahía de Honduras, se dirigió á Trujillo y ancló con sus bergantines en este establecimiento español. En seguida preparó otra expedicion para reconocer y dominar la estensa provincia de Nicaragua; pero con motivo de haber recibido desagradables noticias de México, cuando ya se preparaba á ensanchar mas y mas los dominios de la corona de Castilla, determinó volverse inmediatamente al teatro de sus brillantes glorias.

Apenas Cortés habia salido para su expedicion á Hibueras ú Honduras, cuando se suscitaron ruidosas desavenencias entre los miembros del gobierno provisional, compuesto del licenciado Zuazo, el tesorero Estrada y el contador Albornoz. A los pocos dias empezaron á desavenirse los dos últimos individuos, y con motivo del nombramiento de un ministro subalterno del ayuntamiento, no pudieron ya reprimir su antiguo encono, y llegaron á tirar de la espada para batirse. Instruido Cortés de estas escandalosas desavenencias á su llegada á Gozacoalco, tuvo á bien dar dos nombramientos al factor Salazar y al veedor Chirino, para que hiciesen uso de ellos segun el estado de las cosas ó las circunstancias: el primero, para que si encontraba desavenidos á Estrada y á Albornoz, los castigasen y gobernasen con el licenciado Zuazo; y les dió el otro para que en caso de que reinase la armonía entre aquellos, los cinco juntos se hicieran cargo de la administracion durante su ausencia. En esta determinacion no anduvo muy acertado el talento previsor de Hernan Cortés.

Restituidos á México Gonzalo de Salazar y Pero Almindes Chirino, presentaron en el cabildo la provision que los autorizaba á gobernar con el licenciado Zuazo, y reconocidos sin la menor dificultad por los miembros del ayuntamiento, dejaron de asistir á él Estrada y Albornoz hasta el 17 de Febrero de 1525; pero este dia, despues de reconocido por alguacil mayor Rodrigo de Paz, á quien

Cortés habia dejado confiada la administracion de sus bienes, se presentaron aquéllos y reclamaron el puesto de que se habian visto despojados sin el mandamiento del conquistador. Habiéndose dejado la resolucion á voluntad del licenciado Zuazo, éste declaró que todos cinco debian gobernar el reino conforme á la determinacion de Cortés; mas esta resolucion disgustó tanto el ánimo de Salazar y Chirino, que amenazaron de muerte y perdimiento de bienes al alcalde y regidores que llevasen á efecto lo determinado por el licenciado Zuazo. Estrada y Albornoz quedaron reconocidos como tenientes de gobernador en union de los últimos, á pesar de las amenazas é intrigas que se pusiesen en juego para impedirlo; pero en el cabildo de 19 de Abril de 1525 variaron las cosas con motivo del valimiento de Rodrigo de Paz, el hombre mas poderoso que habia entónces en la ciudad de México, al cual se tomó de instrumento para escluir nuevamente del gobierno á Estrada y Albornoz. Gonzalo de Salazar, deseando vengarse satisfactoriamente de sus dos compañeros, hizo dar decreto de prision contra Rodrigo de Paz, que firmaron los cinco individuos del gobierno, aunque Estrada se resistió en tanto pudo á suscribir este mandamiento de captura; y habiendo conseguido que fuese conducido el preso á su misma casa para tenerla por cárcel, aprovechó esta ocasion para persuadirle que aquel atropellamiento era debido á Estrada y Albornoz, diciéndole: „Hé aquí la recompensa que has tenido de la amistad y favores con que has colmado á estos gobernadores: si fueran tus amigos como protestaban, y como en la realidad lo somos Pero Almindes y yo, no se hubieran conjurado en perderte. Si deseas salvar tu vida y vengar esta injuria, unámonos todos, que mañana luego te daremos la libertad, y juntos, á tus tres enemigos privaremos del gobierno.” Rodrigo de Paz juró desde entónces eterna amistad á Salazar y á Chirino, los cuales consiguieron al siguiente dia la libertad del inocente preso, quien puso en ejercicio su influencia para deponer del gobierno á los que creia sus enemigos; pero á pesar de haberse decretado esto el 19 de Abril, el licenciado Zuazo protestó contra este acuerdo y se propuso llevar adelante su anterior determinacion.

En los momentos de irse á pregonar el acuerdo que escluía del gobierno á Estrada y á Albornoz, un tumulto de gente armada puso en peligro la tranquilidad pública, y habiéndolo querido sosegar el alcalde Francisco Dávila para evitar tristes consecuencias, se vió maltratado por Salazar y sus compañeros, quienes le quitaron la vara y lo pusieron en la cárcel pública, hasta el extremo de haberlo condenado á muerte por no querer hacer causa comun con ellos; pero Dávila tuvo la fortuna de escaparse de la prision y evitar la persecucion de sus enemigos. El 23 de Mayo fué aprehendido el licenciado Zuazo por orden de Rodrigo de Paz, de acuerdo con Salazar y Chirino, quienes dispusieron enviarlo á Cuba so pretexto de que

había una real cédula en que se le mandaba dar su residencia. Al poco tiempo de verificada la prision de este personage, Estrada y Albornoç salieron de México para conducir á Medellin cierta cantidad de oro que se remitia al emperador; pero noticioso Chirino de la próxima llegada de los capitanes Casas y Gonzalez Ávila, que regresaban de Hibueras por el territorio de Guatemala y Oaxaca, temió que aquellos formasen alianza con estos militares para tomar venganza de sus agravios; así es que, deseando evitar las tristes consecuencias de esta union, partió inmediatamente á la cabeza de cincuenta caballos y buen número de escopeteros, y habiéndolos alcanzado á ocho leguas de la ciudad de México, muy poco faltó para empeñarse un reñido combate entre las fuerzas de ambós; pero merced á la interposicion de algunos religiosos de San Francisco, cuya influencia se hacia ya poderosa en todo el territorio, Estrada y Albornoç consintieron en volver presos á la capital de Nueva-España.

Cuando Salazar y Chirino se vieron en el libre ejercicio de sus funciones gubernativas, consideraron innecesaria la amistad de Paz, y se propusieron alejarlo de la administracion. Al principio trataron de valerse de la religion para conseguir su objeto; pues habiendo sabido Salazar que Fr. Martin de Valencia habia pensado prender á aquel por mal cristiano, no tuvo inconveniente de proponer al religioso que verificaria su prision en medio del mayor silencio; pero éste lo despidió friamente diciéndole que Paz se habia confesado y estaba absuelto. En seguida hicieron correr la voz de la muerte de Cortés y su comitiva á mano de los indios, y habiéndose atraído con artificio la amistad del tesorero Estrada y el contador Albornoç; á pesar de que sus casas habian sido atacadas pocos dias antes, lograron que éstos procediesen á inventariar los bienes de Cortés, á pretexto del oro que habia despachado á quintar á España, como tambien para restituir á las cajas reales los setenta mil pesos de oro que le debia Cortés. Rodrigo de Paz juntó su gente y se preparó á defenderse; pero habiéndolo apaciguado con buenas palabras el tesorero Estrada y los franciscanos, aquél entregó desde luego los bienes del general ausente á los oficiales reales, quienes estrajeron de su casa muchas cosas preciosas que habia guardadas en ella, exigiendo como condicion precisa que se le dejase en completa libertad. Estos trastornos tuvieron efecto el dia 17 de Agosto de 1525. En la sesion que tuvo el cabildo el dia 22 del mismo mes, Salazar y Chirino se hicieron reconocer y proclamar gobernadores de Nueva-España, previo el dictámen de un bachiller en leyes que hacia véces de síndico del ayuntamiento.

Los amigos de Cortés deseaban darle aviso de lo que pasaba en la capital, y habiéndose valido del capitán Francisco de Medina para este objeto, la desgracia lo hizo víctima de la revuelta que existia entonces entre los españoles y los indios de Tualanco. Diego

de Ordaz intentó ponerse en camino para Honduras; pero impresionado con motivo del triste fin de su compañero Medina, volvió á la ciudad y dió como segura la muerte de su general. Las mugeres de los soldados de Cortés hicieron exequias á sus maridos. Tambien los gobernantes, deseando confirmar la noticia que habian propalado, mandaron celebrar solemnes honras por el alma del conquistador, las cuales no solo se hicieron en el convento de San Francisco, sino tambien en todas las ciudades del reino á solicitud de Salazar y Chirino. En seguida se pusieron en depósito los bienes de Cortés, los de Gonzalo de Sandoval y los de todos sus compañeros de expedicion; mandaron estraer del convento de San Francisco el oro que Cortés habia depositado allí; y olvidando perfidamente el pleito homenaje que habian prestado á Rodrigo de Paz, lo prendieron y atormentaron para sacarle el secreto del lugar en que estaban ocultos los tesoros de Cortés, haciéndole dar el mismo tormento que habia sufrido el príncipe Cuauhtemotzin, hasta el estremo de haber perdido este desgraciado los dedos de los piés y parte de las plantas. En seguida lo mandaron ahorcar en presencia de un numeroso concurso, y á pesar de algunas ofertas que se le hicieron en el suplicio para lograr el descubrimiento de los tesoros, Rodrigo de Paz se mantuvo en su negativa y dirigió al pueblo las siguientes palabras: „Señores, decid á Cortés que me perdone el haber dicho entre los tormentos que se habian llevado toda su hacienda, lo que no es verdad.” Esta inficua sentencia se llevó á indebido efecto con sentimiento de toda la ciudad. Los gobernadores continuaron ejerciendo actos de arbitrariedad y depredacion. El padre Andres Cavo describe detenidamente estos sucesos del siguiente modo: „Despues los gobernadores para no omitir diligencia en las pesquisas de estos tesoros, taladraron los cimientos del palacio de Cortés, y Salazar que queria conciliarse la amistad de Albornoç, puso preso á Pedro de Paz su enemigo; pero éste escapó de la cárcel al retraimiento de San Francisco. Muerto Rodrigo de Paz, se creyeron Salazar y Chirino que ninguno de los vecinos de México era capaz de disputarles el puesto que habian usurpado; no obstante, para todo lance se ganaron amigos: estos eran sus mas semejantes, porque los hombres de bien detestaban su perfidia. De aquella suerte de gente les pareció hacer caudal, creyendo que sacarian por ellos la cara, caso que la fortuna se mudara, sin acordarse de lo mismo que ellos habian hecho con Paz. En efecto, á éstos dieron los repartimientos que Cortés habia distribuido entre sus soldados. En esto entendian, cuando advirtiendo que se hallaba fuera de México Francisco de las Casas, Gil Gonzalez y Diego Hurtado de Mendoza, capitanes de nombre, temieron que siendo estos amigos de Cortés juntarian gente, y vendrian sobre ellos; así, que para prevenirlos los hicieron prender, y con el pretexto de la muerte de Olid los condenaron á pena capital. No les hubiera valido la apelacion

al emperador, de que entonces no se hacia caso, si los vecinos de México unidos no hubieran mediado. Pero Salazar y Chirino se libraron de éstos enviándolos presos á Veracruz, y de allí haciéndolos embarcar para Castilla en compañía de Juan de la Pena su criado, á quien dió Salazar doce mil pesos en oro, con muchas joyas y muchos presentes para sus amigos, bien que todo se perdió cerca de la isla de Tallal. Al tiempo que éstos navegaban, los gobernadores ansiosos de asegurar á los que se le habian escapado y refugiado en San Francisco, cercaron aquel convento, y sacados de él los pusieron en la cárcel. Esta insolencia no la sufrió Fr. Martin de Valencia, que era el juez eclesiástico en México, inmediatamente requirió por tres veces á los gobernadores amenazándolos con las censuras eclesiásticas, si no reponian en el mismo lugar á los retraidos; pero Salazar y Chirino sordos á estos requerimientos no cesaron. Visto esto por el custodio, fulminó entredicho en la ciudad, con sus frailes y vasos sagrados, salió en procesion de México, y se fué á Tlascala. Esta demostracion desconcertó los proyectos de los gobernadores que se veían sin fuerzas bastantes para hacer frente á un pueblo, que tocado del poco respeto que mostraban á las penas eclesiásticas, iba á hacer en ellos un ejemplar; y así poseidos de este temor hicieron volver á los religiosos, y se pusieron á los retraidos en el convento. Fr. Martin de Valencia luego que volvió de Tlascala los absolvió públicamente, bien que en este acto de religion se portaron con irreverencia, vomitando muchos dieterios contra los frailes, con grande escándalo de los buenos cristiauos.

„Salazar y Chirino con estas violencias no habian conseguido otra cosa que exasperar los ánimos de los vecinos de la ciudad, cuyo temor y disgusto les salia á la cara. No se les ocultó esto, y por lo mismo procuraron prevenir las consecuencias que de ahí y de la venida de Cortés podian hacer. Para esto hicieron que se juntaran los ayuntamientos de las ciudades y villas del reino, y que nombraran procuradores que fueran á México á una junta general que reunieron; pero como toda ella estuvo á su devocion, anuló los nombramientos que Salazar y Chirino tenian de gobernadores por Cortés, y se los libró en su nombre. Se quitaron los gobernadores y demás justicias que él mismo habia dejado, y se substituyeron otros. En otra junta general se anularon los poderes que tenian Francisco de Montejo y Diego de Ocampo, para tratar los negocios de aquel reino en la córte, y se destinaron á sucederles Bernardino Vazquez de Tápia y Antonio de Villarnel, grandes enemigos de Cortés, señalándoles grandes salarios y ayudas de costas. Villarnel antes de partir se presentó ante los gobernadores, citando al difunto Rodrigo de Paz á que le pagase cierta cantidad de dinero, que decia haberle ganado en el juego, y sin mas prueba embargaron los bienes de Paz, y le hicieron pago de doce mil pesos. Conseguido esto, se embarcaron para Castilla, con orden de contar á su modo lo que en

México pasaba, y Salazar y Chirino asegurados en la gobernacion, manifestaron toda la perversidad de su ánimo, declarando sangrienta guerra á todos los amigos protegidos de Cortés, á quienes despojaron de sus repartimientos y bienes: hubieran querido asegurarlos á todos; pero no tuvieron esta satisfaccion, porque muchos se les escaparon de entre las manos, otros con tiempo se retiraron á sitios fragosos, y finalmente, algunos se ocultaron de tal manera, que no se supo de ellos hasta que Salazar y Chirino fueron presos. No contentos con lo ejecutado, dejaron á los mexicanos despachando por aquellas provincias hombres sin misericordia que los despojaron de las joyas, oro y plata, y de cuanto poseian de precioso, lo que los alborotó de tal manera, que los unos huían á los montes, y otros mas animosos empuñaban las armas. En un solo pueblo mataron los mexicanos quince españoles, y propagada por aquellas provincias la nueva del saco que daban los ministros de los gobernadores, buena parte de las costas se sublevó, y el mal hubiera sido general si la esperanza de que volviera Cortés no hubiera contenido á los demás. Entre tanto la noticia de los alborotos llegó á los gobernadores, que temerosos de que no se trasfundiesen á la capital, hicieron venir á ella cuantos españoles andaban empleados por todo el reino en la saca de los metales: con esto se descuidaron los quintos, y este ramo de la real hacienda se deterioró, y con todo que andaba una sublevacion general, no dejaron estos sus antiguas mañas: quitaron á Albornoz lo que habia juntado de los quintos, y esta cantidad con las alhajas, oro y plata que habian robado á los mexicanos, las pusieron en manos de dos criados suyos, que enviaron á la córte para entregar á sus protectores y amigos. Decian públicamente, que no convenia enviar al emperador del reino de México, gran cantidad de oro y plata, bastándole anualmente veinte mil pesos, que era lo que rentaba el reino de Nápoles.

„Gobernándose de esta manera el reino de Nueva-España, de cuando en cuando Salazar y Chirino divulgaban por la ciudad varias cartas supuestas, en que les daban cuenta menudamente del modo como Cortés habia sido preso por los mexicanos, y sacrificado á sus dioses con toda la comitiva que llevaba á Hibueras, y para que todos entendieran que lo que las cartas aseguraban era la pura verdad, autorizaron á las mugeres de los que fueron á aquella jornada, para que pudieran volverse á casar, providencia que dictaron los gobernadores por complacer á dos mancebas que tenian, cuyos maridos despues de haber logrado ricos repartimientos de los conquistadores, continuamente los tenian empleados en comisiones. A mas de esto, para dar pesadumbre á los amigos de Cortés, unas veces decian que tenian orden del emperador de prenderlo; otras que si llegaba por allí lo ahorcarian; ellos no sabian lo que decian, ni guardaban consecuencia en vejar á los vecinos y á los mexicanos. Llegó á tanto su insolencia, que á Francisco Bo-

nal, justicia de Veracruz, mandaron que obligara á volver á Castilla á cualquiera juez pesquisador que de allá arribara. Por este tiempo, en un viejo torrejon se halló gran cantidad de oro que el tesoro Albornoz pidió para el emperador, conforme á las leyes publicadas sobre los tesoros de los mexicanos; pero Salazar se negó á consignarla por la razon de que aquel edificio liudaba con su casa.<sup>7</sup>

Tales eran los abusos que cometian diariamente los gobernadores de México; pero cuando más satisfechos se hallaban de haber dominado á españoles y mexicanos, los indios de Oajaca levantaron el grito de rebelion por toda la provincia, dando muerte á cincuenta castellanos y á ocho ó diez mil esclavos aztecas, lo que causó tan profunda inquietud en el ánimo de Pero Almindes Chirino, que inmediatamente salió á campaña á la cabeza de doscientos infantes y cien caballos. Los rebeldes se defendieron heroicamente por algunos dias, y habiéndose hecho fuertes en un peñol que resistió cuarenta dias de sitio, se escaparon una noche con todo el oro que poseian, burlando de tal manera la pericia militar del español Chirino. Aunque esta ausencia fué del mayor gusto para el carácter independiente de Salazar, fué un acontecimiento que apresuró la ruina de ambos usurpadores; pues los retraidos en San Francisco, creyendo un pretesto la sublevacion de los habitantes de Oajaca, y temiendo las ruines venganzas del gobernador Salazar, cobraron ánimo y se decidieron á juntar gente para hacerle la guerra.<sup>8</sup>

Mientras que estas disenciones ponian en peligro la seguridad de la nueva colonia, la audiencia de la Española envió un buque á las costas de México para cerciorarse de la muerte de Cortés y sus compañeros; pero con motivo de haber surgido casualmente en uno de los puertos de la isla de Cuba, en donde se hallaba á la sazón el Lic. Zuazo, este comunicó á su capitan cuantos acontecimientos habian tenido lugar en México desde la ausencia de Cortés, el cual se hallaba al frente de sus tropas en la provincia de Hibueras ú Honduras. El capitan se dirigió á este punto, llevando pliegos del Lic. Zuazo en que daba cuenta á Cortés de la usurpacion de Salazar y Chirino, y esta noticia, que fué la primera recibida por Cortés en los dias de su peregrinacion, lo determinó á volverse á México para afianzar el imperio que habia ganado con tanto trabajo; pero habiendo sido repelida su embarcacion por los contrarios vientos, en dos tentativas que hizo para separarse de las costas de Honduras, se contentó con despachar á su lacayo Martin Dorantes para participar á sus amigos la falsedad de los gobernadores. Los dias de tribulacion, las frustradas cuentas de ambicion, la ingratitude de los hombres del poder, las calumnias y las falsas acusaciones, preparaban á Cortés dias de amargura en medio de su brillante gloria. La campaña de Honduras no habia satisfecho sus esperanzas; pero habia ganado la ciencia en el conocimiento del litoral marítimo: la geografia habia hecho nuevas conquistas en el interior. Todo el

medio dia de México podia ser inscrito en las cartas, aunque algo imperfectamente. En la misma época se elevaban muchas ciudades españolas en aquellas comarcas apenas recorridas, mientras que Alvarado; despues de haber explorado los territorios de Chiapas y Oajaca, continuaba el descubrimiento y conquista de Guatemala (1). El mensajero Martin Dorantes llevaba consigo algunos pliegos, en los cuales Cortés revocaba los poderes que habia dado á sus mayores enemigos, confiriéndolos á Francisco de las Casas, quien debia gobernar en su nombre hasta el dia de su regreso.<sup>9</sup>

El dia 12 de Enero de 1526, cuando Salazar daba un espléndido festin á las principales personas de México, Martin Dorantes se introdujo silenciosamente en la ciudad y fué á retraerse al convento de San Francisco, donde se reunieron en pocos minutos mas de cien partidarios de Cortés. Cuando supieron el contenido de las cartas y provisiones del conquistador, convocaron inmediatamente al ayuntamiento, al que asistieron un alcalde y pocos regidores, y Jorge de Alvarado salió á la cabeza de treinta hombres por las principales calles, proclamando que fueran á San Francisco los que quisieran servir al rey, para que viesen allí las cartas y los mensajes que les habian traído de parte de Cortés. Gonzalo de Salazar, quien se llenó de inquietud al contemplar el extraordinario júbilo de todos los vecinos de la ciudad, procuró hacerse fuerte en la casa de Cortés con mil españoles y doce piezas de artillería. Reunido otra vez el ayuntamiento el 29 del mismo mes, y á solicitud de Andres de Tápia y otros amigos de Cortés, fueron nombrados tenientes de gobernador durante la ausencia de Casas, los mismos que habian experimentado la crueldad de los usurpadores, esto es, el tesoro Estrada y el contador Albornoz, como gefes del partido que se habia declarado enemigo de Salazar y Chirino.<sup>10</sup>

En seguida Andres de Tápia y Jorge de Alvarado, que tenian bajo sus órdenes unos quinientos hombres, marcharon decididamente á tomar por fuerza la casa fortificada de Salazar; pero deseando evitar por entonces el derramamiento de sangre española, Tápia entró en reflexiones, dejó la tropa situada en una de las esquinas inmediatas, se dirigió á caballo hácia su enemigo, y le habló del siguiente modo: „Señor factor, y vosotros que estáis con él, sed testigos que yo deseo toda paz, y aunque me habeis destruido, estoy sin pasion: vos, factor, habeis dicho, y á mí me lo dijiste, que teniades orden del consejo del rey para matar ó prender al gobernador D. Hernando Cortés: si es así, carta é instruccion tendreis del rey, ó de su consejo, mostradla y os seguiremos todos. Y si no, por qué traes engañada tanta gente? Y vosotros, señores, pues habeis servido al rey, dad agora ocasion á vuestros amigos, que

(1) Nos reservamos los detalles de su expedicion para la historia del reino de Guatemala, independiente del de México.

„roguemos al gobernador que interceda con el rey, que os haga mercedes y no deis lugar para hacer con él cuando venga, que os haga cuartos.” Habiendo manifestado Salazar que no tenía carta del rey, y que sus procedimientos habían sido efecto de su voluntad, Andrés de Tápia arremetió á su caballo y gritó á los compañeros de aquel: „caballeros, prendedle, no queráis ser traidores.” Entonces el factor tendió la mano con la mecha á un cañon, diciendo: „calla, sino quieres que pegue fuego.” pero á ese tiempo D. Luis Guzman, capitán de la artillería de Salazar, la mandó retirar á la casa con un pequeño número de su gente; pues la demás se quedó fuera y se unió á las filas de Andrés de Tápia. Guzman tomó ésta resolución por miedo de que sus contrarios lo atacasen por la espalda. En seguida Alvarado y Tápia tomaron por asalto el alojamiento de Salazar, á quien echaron una cadena al cuello y lo pasearon en traje humilde por todas las calles y plazas, y luego lo encerraron en una jaula de gruesas vigas, donde quedó depositado y custodiado hasta que se procedió á la formación de su proceso. Igual suerte estuvo reservada á Pero Almindes de Chirino, quien salió de Oajaca para venir en auxilio de su colega en el gobierno; pero habiendo sabido que Andrés de Tápia marchaba á su encuentro, entró en Tlascala y se refugió á la casa-convento de los franciscanos, donde fué preso y conducido á México para ser encerrado en otra jaula junto á Salazar. De tal modo recobró su antigua calma la ciudad de México.

Entretanto la salud de Cortés comenzaba á quebrantarse, no tanto por los trabajos que había tenido que soportar en los años anteriores, como por los padecimientos morales que debilitaban sensiblemente su robusta constitución; pero á la noticia de los acontecimientos que ponían en peligro la colonia de Nueva-España, determinó intentar por tercera vez surcar las aguas del seno mexicano, y al fin abandonó las playas de Honduras el 25 de Abril de 1526. Una fuerte borrasca lo desvió de la costa de Nueva-España, y tuvo que buscar abrigo en el puerto de la Habana, donde supo circunstanciadamente la ruidosa caída de Gonzalo de Salazar y Pero Almindes de Chirino. Cuando Cortés vió algo restablecida su quebrantada salud, se hizo á la vela con dirección á Veracruz, en cuyo puerto desembarcó á los ocho días y se fué á pié hasta la colonia de Medellín. A pesar de que las enfermedades habían desfigurado completamente sus facciones, el metal de su voz lo dió á conocer á sus antiguos compañeros de armas, quienes se llenaron del mayor regocijo al verlo otra vez en el teatro de sus glorias; y cuando la noticia de su llegada se difundió entre las gentes del pueblo, de todas partes vinieron á saludarlo con muestras del mas vivo entusiasmo y regocijo. Los españoles é indios contemplaban en este acontecimiento una verdadera resurrección; pues el empeño que habían tomado los usurpadores del gobierno para difundir la

muerte de Cortés, había dado por resultado que todos la creyesen como un hecho positivo. El conquistador permaneció doce días en Medellín, y tardó quince en su tránsito de esta población á la ciudad de México; pero donde quiera que hacia alto al concluir una de sus jornadas, los indios acudían de todas partes con presentes y ofrecimientos, formándole arcos triunfales y sembrando flores por el camino de su tránsito. Rodrigo de Albornoz se adelantó á recibirlo desde Tezcoco, en donde pasó una noche para hacer su entrada al siguiente día en la capital. Allí le salieron al encuentro Alonso de Estrada y todo el cuerpo municipal; su escolta se componía de todos los españoles en ordenanza de guerra, y el lago se hallaba cubierto de innumerables canoas que lo saludaban con muestras de grande entusiasmo. Hernán Cortés, lleno de indecible gozo al contemplar estas muestras de un verdadero cariño, se dirigió al convento de San Francisco para dar gracias al Todopoderoso por sus beneficios, y luego le entregaron las varas los alcaldes y regidores que habían sido nombrados por Salazar y Chirino. Las personas y determinaciones del anterior gobierno, desaparecieron ante los nuevos nombramientos y otras determinaciones que se debieron al conquistador. La entrada en la capital se verificó en el mes de Junio de 1526, á los dos años de haber salido de allí para su expedición á Honduras.

Durante el tiempo que empleó Cortés en explorar el territorio de Honduras, su secretario Juan de Rivera y Fr. Pedro Melgarejo, individuos comisionados espresamente para solicitar por él en la corte, hacían el mayor esfuerzo para conseguir dar cima á sus pretensiones, las que se veían combatidas por los siniestros informes que enviaban continuamente los oficiales reales. Merced á la oferta que hizo Rivera de espeditar dentro de año y medio doscientos mil pesos para las urgencias de la corona, obligándose Cortés á completar esta suma con su crédito y el de sus amigos, los comisionados consiguieron para él los títulos de *Don* y *Adelantado* de la Nueva-España, como también el hábito de Santiago. En cuanto á varios puntos que suscitaban acerca de los gastos hechos en expediciones y edificios de la ciudad, el emperador se abstuvo de resolver, hasta aguardar mas estensos informes sobre el particular. También dispuso que se le espidiese un privilegio, en que relatando sus servicios, pudiera obtener armas que hiciesen alusión á ellos.

Sin embargo, los enemigos de Cortés trabajaban sin descanso por disminuir su influjo en la corte, hasta que consiguieron infundir sospechas en el suspicaz ánimo del emperador, quien se decidió á nombrar un juez de residencia, para cerciorarse del valor de las acusaciones que se hacían contra su leal vasallo. Sus enemigos le atribuían que guardaba para sí el oro perteneciente á la corona, haciendo mérito de que había ocultado silenciosamente los tesoros de Moctezuma; le acusaban de haber dado falsos informes sobre la